

Cosas de mi madre

Cosas de mi madre

Marcin Wicha

BÁLTICA **editorial**

BOOK INSTITUTE



La Publicación de este libro ha sido posible gracias
a la ayuda de © POLAND Translation Program

© POLAND

Título original: Rzeczy, których nie wyrzuciłem

© Marcin Wicha

© de la traducción: Katarzyna Olszewska Sonnenberg

© de esta edición: Báltica Editorial

© de la cubierta: Fernando Ampudia

Maquetación: Prema Served, www.premaserved.com

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino, nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN:978-84-122326-0-8

DL: M-20362-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

Esta historia trata de objetos. Y también de conversaciones. Es decir, de palabras y de cosas. Y también es un libro sobre mi madre y, por esta razón, no será muy divertido.

Antes pensaba que nuestra capacidad para mantener el recuerdo de una persona dependía de que fuéramos capaces de describirla. Ahora pienso lo contrario: están con nosotros mientras no logremos cumplir esa tarea.

Solo podemos apropiarnos de las personas muertas mientras queden reducidas a una especie de imagen o a unas cuantas frases. A siluetas de fondo. Por fin lo sabemos: eran así o asá. Por fin podemos resumir todo aquel ajeteo. Desenmarañar las incongruencias. Poner un punto y aparte. Hacer un balance.

Pero aún no me acuerdo de todo. Mientras no pueda hacer una descripción de quienes se han ido, seguirán un poquito vivos.

Hace cuarenta años —no sé por qué razón se me ha quedado grabada precisamente esta conversación— me quejaba de un programa educativo de la radio polaca, y mi madre dijo: «No todo en la vida se puede convertir en una historieta graciosa». Sabía que era verdad. Pero, de todos modos, lo intentaba.

En mi libro sobre diseño conté que en nuestros ejemplares de la revista mensual *Ty i ja* (Tú y yo) siempre faltaban las recetas de cocina. Esta vez contaré cómo las encontré.

Parte 1

La cocina de mi madre

Masa hereditaria

Nunca hablaba de la muerte. Solo una vez. Un vago movimiento de la mano hacia las estanterías.

—¿Qué harás con todo esto?

Con «todo esto» se refería a una de esas estanterías modulares que puedes comprar en Ikea. Carriles de metal, escuadras, tablas, papel, polvo, dibujos de niños sujetos con chinchetas. Y también postales, suvenires, figuritas hechas con castañas ya arrugadas, un ramillete de hojas secas del año pasado. Tuve que reaccionar de alguna forma.

—¿Te acuerdas de Mariuszek, mi compañero de colegio?

—Una persona muy amable —contestó, porque se acordaba de que no me caía bien.

—Hace un par de años Marta y yo visitamos a su suegra, teníamos que llevar o coger algo relacionado con los niños, un moisés o algo así.

—¿Cuántos hijos tiene?

—No lo sé, pero su suegra no paraba de elogiarlo. Nos contó que, cuando su tejado tuvo goteras, Mariuszek le pagó uno nuevo, uno de tejas bitúmicas, que le costó un dineral. «Mamá, no te preocupes por el dinero, todo se queda en la masa hereditaria», le dijo.

—¿Y qué tal está?

—No lo sé. Trabaja en un despacho de abogados. No te preocupes por la masa hereditaria. Aún hay tiempo.

Pero no había tiempo.

A mi madre le encantaban las compras. En los años más felices de su vida, se iba de tiendas todas las tardes. «Vámonos al centro», anunciaba.

Mi padre y ella compraban objetos diminutos e innecesarios. Pequeñas teteras. Tijeras. Lámparas. Portaminas. Linternas. Almohadas

inflables, espaciosos neceseres, artilugios variopintos e ingeniosos que podían ser útiles en un viaje. Era algo extraño porque ellos no viajaban jamás.

Eran capaces de recorrerse media ciudad en busca de una variedad de té que les encantaba o de una nueva novela de Martin Amis.

Tenían sus librerías preferidas. Sus tiendas de juguetes preferidas. Sus talleres de reparación preferidos. Hacían amistades con personas diferentes, siempre muy muy amables. Con la señora de la tienda de antigüedades. Con el señor de las navajas. Con el señor de los esturiones. Con el matrimonio del té ahumado *lapsang souchong*.

Cada compra iba acompañada de un ritual. Daban con un espécimen único —en una tienda de segunda mano donde trabajaba el Señor de las Lámparas, un ciudadano muy simpático—, por utilizar la vigorosa expresión que empleaba mi padre.

Inspeccionaban la lámpara. Preguntaban el precio. Llegaban a la conclusión de que no se la podían permitir. Regresaban a casa. Sufrían. Suspiraban. Meneaban las cabezas. Se comprometían a que, cuando tuviesen dinero, es decir pronto, entonces sin falta...

Durante los siguientes días hablaban de esa lámpara inalcanzable. Debatían sobre su emplazamiento. Se amonestaban mutuamente porque era demasiado cara. La lámpara vivía con ellos. Se convertía en una parte más de los enseres de casa.

Mi padre enumeraba sus características extraordinarias. Bosquejaba la lámpara en una servilleta (tenía una memoria visual increíble) resaltando algunas de las soluciones originales que aportaba. Subrayaba que el aislamiento textil del cable estaba como nuevo. Alababa su interruptor de baquelita (podía verlo ya desmontándolo con la ayuda de uno de sus destornilladores).

A veces iban a hacerle otra visita. A contemplarla. Sospecho que nunca se les pasó por la cabeza aprovechar la visita para regatear el precio. Y al final la compraban.

Eran unos clientes ideales. Bondadosos. Cortésmente interesados por la nueva mercancía. Luego mi padre tuvo un infarto en un centro

comercial después de haber probado un refresco de frutas verde. Todavía nos dio tiempo a gastarle bromas al respecto. Incluso el médico de la ambulancia lo consideró divertido.

Ha quedado solo un reguero casi seco. El mando de la tele. Una caja con medicamentos. Una palangana para vomitar.

Los objetos que nadie toca se vuelven mates. Pierden el color. Meandros, ciénaga, barro.

Los cajones llenos de cargadores de antiguos móviles, de plumas rotas, de tarjetas de tiendas. Viejos periódicos. Termómetros estropeados. Un prensador de ajo, un rallador y eso, como se llame, la palabra nos hacía gracia, que salía tanto en las recetas: el chino.

Y los objetos ya lo sabían. Intuían que pronto iban a cambiar de sitio. Que iban a ser desplazados a lugares incorrectos. Condenados a caer en manos extrañas. A cubrirse de polvo. A resquebrajarse. A rayarse. A romperse por el roce de un extraño.

Pronto nadie sabría qué artículo fue adquirido en el centro húngaro. Cuál en la galería de arte. O en la tienda de artesanía. O, en los tiempos de bonanza, en el anticuario. Más tarde, durante varios años nos enviaban tarjetas con felicitaciones en tres idiomas, siempre con la foto de alguna fruslería plateada. Luego, dejamos de recibirlas. Puede que el propietario perdiera la esperanza de vendernos algo más. Puede que cerrara el negocio.

Ya nadie se acordará. Nadie dirá que hay que pegar esa taza. Cambiar el cable (¿dónde encontrar uno parecido?). Ralladores, batidores y coladores se convierten en basura. Engrosarán la masa hereditaria.

Pero los objetos se preparaban para la batalla. Tenían la intención de oponer resistencia. Y también mi madre se preparaba para la batalla.

—¿Qué harás con todo eso?

Muchas personas hacen esa pregunta. No desapareceremos sin dejar huella. E, incluso, cuando desaparezamos, quedarán nuestras cosas, unas barricadas cubiertas de polvo.